

tenece á la moral de los esclavos, como la abnegación y el respeto es un modo de pensar aristocrático. De donde se sigue que el amor-pasión—especialidad europea—es de origen aristocrático. Y sabido es que la inventaron los caballeros-poetas de la Provenza, los hombres del «gay saber», á los cuales Europa debe tanto, y aun se debe á sí misma.

261. Una de las cosas que al aristócrata son difíciles de comprender es la vanidad; él la niega donde los demás la tocan. Para él es un enigma que haya hombres que quieran hacer en los demás una opinión de ellos que en sí mismos no tienen, y que, por consiguiente, no merecen, y luego concluyen por creer en esta buena opinión de los demás. Esto al aristócrata le parece de tan mal gusto, y tan irrespetuoso, y tan ridículo, que se siente inclinado á considerar la vanidad como una anomalía y á dudar que exista en la mayor parte de los casos. Dirá, por ejemplo: «Yo puedo extraviarme al juzgar mi propio valer, y pretender, sin embargo, que mi valer sea reconocido por los demás en la misma medida que por mí; pero esto no es vanidad (podrá ser presunción y á veces humildad y modestia).»

O bien: «Me alegro del buen concepto que tienen de mí los demás, porque los respeto y los quiero, y me alegro verles satisfechos de mí; ó porque su buena opinión de mí me da fuerzas y me confirma en la mía; ó porque puede serme útil; pero nada de esto es vanidad.» El aristócrata no puede creer, sino con grande esfuerzo y con el apoyo de la historia, que hayan existido hombres de tal manera esclavos de la opinión ajena, que no hayan tenido de sí mismos otra. Y puede tenerse como consecuencia de un monstruoso atavis-

mo el hecho de que todavía hoy el hombre vulgar está esperando las opiniones de los demás acerca de sí mismo para someterse á ellas, y no sólo á la buena opinión, sino también á la mala é injusta (díganlo ciertas devotas humildades). Realmente, gracias á la lenta marcha de la democracia (ó, como si dijéramos, gracias á la lentitud del cruzamiento entre las razas dominadoras y las razas esclavas), la inclinación, en otro tiempo aristocrática y rara, de atribuirse valor á sí mismo y de pensar bien acerca de sí, se va enforteciendo y ensanchando; pero tendrá por enemiga una inclinación más inveterada, más difusa y más vital, que es el fenómeno de la vanidad, la cual como más antigua, predomina sobre la otra. El hombre vanidoso goza con las alabanzas, aun cuando no le den utilidad, y sufre con los vituperios, aunque no le perjudiquen; se hace esclavo de los dos sentimientos; reaparece en él su antiguo instinto de sumisión. Hay en el hombre vanidoso un residuo de la astucia servil: por eso en la mujer, que es tan vanidosa, hay tanto servilismo; tratan de seducir á los demás para que se las estime bien, y luego caen de rodillas ante las opiniones ajenas. Resulta, pues, que la vanidad es un atavismo.

262. En condiciones terriblemente desfavorables es cuando adquiere nacimiento, fuerza y vigor una especie ó un tipo. Por el contrario, la raza que goza de alimentación superabundante y de excesivos cuidados, propende á una alteración del tipo, y en ella son frecuentes los portentos y los monstruos y también los vicios monstruosos.

Considérese ahora una sociedad aristocrática; por ejemplo, una antigua *Polis* ó Venecia, bajo el punto

de vista de la educación y de la mejora de razas. Vemos allí reducidos á sus propias fuerzas, hombres que quieren hacer triunfar su propia especie, porque deben hacerla triunfar, pues de otro modo correrían tremendo peligro de ser destruidos. Allí no habrá condiciones favorables, superabundancia ni cuidados, y la especie se ve necesitada á consolidarse en virtud de su dureza, de su uniformidad y simplicidad, de la lucha incesante que debe sostener con sus vecinos ó con sus súbditos rebeldes y amenazadores. Una larga experiencia enseña á estos hombres á distinguir las cualidades que les dieron la victoria; las llaman virtudes y procuran aumentarlas. Y lo hacen usando de rigor, elevando á ley el rigor; toda moral aristocrática es intolerante en la educación de la juventud, en la sujeción de las mujeres, en el matrimonio, en las relaciones entre jóvenes y viejos, en las relaciones penales (que sólo se refieren á los degenerados), y aun colocan entre las virtudes á la intolerancia con el nombre de «injusticia».

De tal manera se forma, desafiando á las generaciones un tipo de hombres de pocos rasgos, pero muy marcados, en extremo prudentes, taciturnos, encerrados en sí mismos (y por eso accesibles á todos los encantos, á todas las *nuances* de la vida social); la incesante lucha en tales condiciones hizo al tipo fuerte y rudo. Pero llega por fin una época de prosperidad, y se afloja la inmensa tensión; los vecinos se hacen amigos y abundan los medios de vivir y de gozar. Entonces se rompe el vínculo y la necesidad de la antigua disciplina, la cual deja de ser condición *sine qua non* de la existencia, y no podría continuar sino como una especie de lujo, como un gusto de antiuario.

Entonces la variación, sea en mejoría, sea en degeneración, surge de improviso; cada cual desea distinguirse del tipo general. En tales momentos, críticos en la historia, se halla un crecimiento ya ordenado, ya desordenado, una tendencia hacia lo alto, una especie de rapidez *trópica* en la porfía del crecer, y también una inmensa ruina merced al egoísmo feroz y á la lucha por la vida que no reconoce moral ni piedad. Entonces, aquella moral que aumentó ó disminuyó la fuerza y que tendió el arco amenazador, se hace anticuada. Se ha llegado al punto más peligroso, donde una vida más grande, más múltiple, más vasta, vence á la antigua moral, y el individuo se ve obligado á inventar nuevas astucias para conservarse, para redimirse. ¿Se presentan entonces nuevos *por qué*s, nuevos *cómo*s; desaparecieron las antiguas fórmulas; se juntan y entrelazan la corrupción más baja y los más sublimes deseos; se afirma el genio de la raza como mezcla del bien y del mal, como simultaneidad de primavera y de otoño, con aquellos nuevos atractivos y con aquellos velos misteriosos que son la prerrogativa de una corrupción incipiente, joven, tan pronto catada como extenuada. Se presenta de nuevo el peligro, el peligro padre de la moral, el gran peligro, pero esta vez en el individuo, en el prójimo, en el amigo, en la vida, en los propios hijos, en el propio corazón, en lo más íntimo y secreto del deseo y de la voluntad; ¿qué predicarán entonces los moralistas? Ellos, sagaces observadores á la esquina de las calles, presienten ya que todo se arruina, y que no quedará sino una especie de hombres, las medianías incurables.

Solamente las medianías tienen probabilidades de continuarse, de propagarse; son los hombres del porvenir, los supervivientes. Una moral de buen sentido

predica: «¡Sed como ellos, sed mediocres!» ¡Pero esta moral es difícil de predicar! ¡Debería confesar aquello que quiere! ¡Tendría que hablar de moderación, de dignidad, de deberes, de amor al prójimo, y le costaría mucho ocultar la ironía!

263. Hay un *instinto del rango* que ya por sí es indicio de rango elevado; hay cierto placer en las *nuances* del respeto, cuyo placer hace adivinar el origen y las costumbres nobles. La delicadeza, el valor y altura de una alma se encuentran sometidas á dura prueba cuando ésta siente que se acerca á algo que pertenece á un orden más elevado: es un sentimiento indistinto, incierto, escondido ó disfrazado, pero verdadera piedra de toque. El psicólogo de oficio puede determinar por esta medida el valor definitivo de un alma, el grado innato é inmutable de la condición á que pertenece: bástale por medida *el instinto de la veneración*. *Diferencia engendra odio*: la vulgaridad de muchas naturalezas se manifiesta como agua corrompida cuando una gran joya ó reliquia pasa cerca; y por otra parte, la mirada vacilante, un involuntario mutismo, la inmovilidad de gestos, demuestra que un alma *siente* algo de venerable. La veneración de la Biblia es quizá el más hermoso resultado de disciplina y dulcificación de costumbres que la Europa deba al Cristianismo: libros tan profundos y de tan alto significado necesitan ser protegidos por una tiranía exterior para conquistar la secular duración que precisa su interpretación cabal y completa. Harto conseguir es el haber infundido á las superficiales masas el sentimiento de que no á todo se puede tocar, y de que hay acontecimientos sagrados, ante los cuales debe uno quitarse las sandalias y no aproximar las

manos inmundas. Esto significa la elevación del humanismo á su última potencia.

En las personas que se llaman doctas, en los creyentes de las ideas modernas, nada inspira tanta náusea como su falta de pudor, la cínica impudencia del ojo y de la mano con que tocan, miden y profanan todo; y quizá hoy en el pueblo, en el bajo pueblo, principalmente en los labradores, existe relativamente mayor nobleza de gusto y de tacto y de respeto que en el mundo de los eruditos y de los que leen periódicos.

264. No pueden ser desarraigados del alma del hombre los más constantes hábitos de sus progenitores. Ora fuesen hombres de su casa, económicos, apéndices de su escritorio ó de su castillo, modestos en sus deseos y modestos en sus virtudes; ora estuviesen avezados á mandar todo el día, dedicados á rudos pasatiempos ó consagrados á responsabilidades y deberes más duros todavía, y dotados de una conciencia inexorable y delicada, siempre la sangre permanece la misma por debajo de las apariencias.

Debe negarse en absoluto la posibilidad de que un hombre no tenga las cualidades y aficiones de sus padres y abuelos, por más que parezca lo contrario. Tal es el problema de la herencia: dado lo que hay en los padres, hallar lo que hay en los hijos. Cuando en los padres hay repugnante incontinencia, baja envidia, grosera testarudez (tres cosas que siempre hubo en el tipo plebeyo), todo esto debe perpetuarse en los hijos, y la mejor educación no logrará más que *disimular* el atavismo. ¿Y cuál es hoy en suma el objeto de toda educación y de toda cultura?

En nuestra época democrática, ó, por mejor decir,

plebeya, la educación y la cultura *deben* ser el arte de engañar acerca de los orígenes, acerca del plebeísmo hereditario del cuerpo y del alma. Un pedagogo, que hoy predicase la veracidad y el obrar según la propia índole, tendría que recurrir de cuando en cuando á la *furca* de Horacio para *naturam expellere*: pero, ¿con qué resultado? La «plebe» *usque recurret*.

265. Aun á riesgo de agrandar muy poco á ciertos oídos inocentes, sostengo que el egoísmo es parte esencial del alma aristocrática. Y por egoísmo entiendo, aquella fe incontrastable de que á un ser como nosotros deben someterse y sacrificarse otros seres. El alma aristocrática acepta este hecho, sin dudas y sin pruebas, sin repugnancia, como si tuviese su fundamento en las leyes más primitivas de la naturaleza: es un hecho que le parece «justo por sí mismo.» En determinadas circunstancias y después de dudar, confiesa que hay seres con derechos iguales á los suyos; y desde entonces se porta con estos seres de su clase, como se porta consigo mismo, de la misma manera que todas las estrellas obran según cierto mecanismo celeste. Esta es otra señal de egoísmo, la delicadeza y circunspección con sus iguales: cada estrella es egoísta del mismo modo. Así, el alma aristócrata se honra á sí misma cuando honra á las demás de su clase, y no duda que este *do ut des* de honores y derechos pertenece al estado general de las cosas. Da y recibe, por el instinto del cambio y del comercio que le es ingénito. El concepto «gracia» *inter pares* no tiene significado ni fragancia: puede acontecer que sea una manera sublime de dejar caer desde lo alto los dones y sorberlos como sorbe un sediento las gotas de lluvia. Pero un alma noble no es capaz de este

arte: impídeselo su egoísmo, no le gusta mirar á lo alto: mira de frente y con calma; ó bien hacia abajo, «porque sabe que se halla en lo alto».

266. «Sólo es digno de respeto aquel que no se busca á sí mismo.» Palabras de Goethe al consejero Schlosser.

267. Hay un proverbio en China, que las madres enseñan á sus hijos: *siao-sin* «¡haz pequeño tu corazón!» Esta es la verdadera inclinación fundamental en las viejas civilizaciones; no dudo que un griego de la antigüedad reconocería en los modernos europeos el empequeñecimiento de sí mismos; no seríamos «de su gusto».

268. Por último, ¿qué es la vulgaridad? Las palabras son notas musicales para las ideas, y las ideas son jeroglíficos para ciertas sensaciones ó para grupos de sensaciones. Para comprendernos recíprocamente, no basta emplear las mismas palabras; es necesario emplearlas para la misma especie de acontecimientos internos; es decir, hay que tener una experiencia común. Por eso los individuos que pertenecen á una misma nación se entienden mejor que los de naciones diferentes, aun cuando éstas usen de la misma lengua; más claro, los individuos que han convivido por largo tiempo en idénticas condiciones de clima, de suelo, de peligro, de necesidades, de trabajo, forman algo que *se comprende*, forman un pueblo. En todas aquellas almas preponderará el mismo número de acontecimientos que se repiten, sobre aquellos que rara vez se presentan; acerca de los primeros, se entenderá más pronto la gente; por eso la historia del